

33

Leg 19. Cuaderno 1.º nº 2

1521

DISCURSO

SOBRE LA HISTORIA

DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE ESPAÑA,

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el Licenciado en Jurisprudencia

DON EUSEBIO ALONSO Y PESQUERA,

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.

MADRID:

Imprenta de JOSÉ M. DUCAZCAL, Plaza de Isabel II, núm. 6.

1856.

6-2-22

DISCURSO

SOBRE LA HISTORIA

DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE ESPAÑA,

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el Licenciado en Jurisprudencia

DON EUSEBIO ALONSO Y PESQUERA,

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.

~~~~~

MADRID:

Imprenta de JOSÉ M. DUCAZCAL, Plaza de Isabel II, núm. 6.

1856.

HTCA

U/Bc LEG 19 n°1521



UVA. BHSC > LEG 19 n°1521 9 8 4 1



«Le monde en s' éclairant s' eleve á l' unité.»

LAMARTINE: *«la Marsellaise de la paix.»*



**Excmo. é Ilmo. Sr:**

SOLO la obligacion, comun á todo el que aspira á recibir la honrosa investidura del Doctorado, de dilucidar alguna cuestion de la facultad á que pertenece, ha podido moverme á levantar mi voz aquí, donde el talento, la constancia y la ciencia se hallan tan dignamente representados.

La Historia de las relaciones internacionales de España será el objeto de mi discurso.

Hubo una época, Excmo. Sr., en que esta nacion, por tanto tiempo y con tal rigor combatida por las demás de Europa, fué cabeza y señora de todas ellas. Reunidas las coronas de Aragon y Castilla en las sienes de los Reyes Católicos, arrojados los árabes del último asilo que conservaban en la Península, robustecido el poder de la corona con la humillacion del feudalismo, nunca bien arraigado en nuestro suelo, aquellos esclarecidos Monarcas se halla-

:



ron dispuestos á intervenir dignamente en los asuntos internacionales de Europa ; y las victorias del Gran Capitan y sus conquistas en Italia y la humillacion de la Francia, dan á conocer cuán sólidamente se hallaba cimentada la naciente prosperidad de España.

Muchas y ricas posesiones agregó á esta nacion la Casa de Austria; pero sin embargo, la unidad peninsular no se logró hasta el reinado de Felipe II, en el que incorporado Portugal á la Monarquía española, formó esta un solo estado que se estendia desde el Océano al Mediterráneo, desde los Pirineos hasta el Estrecho. Al mismo tiempo adquiria las vastas posesiones del Portugal en Africa y Asia, las cuales, unidas á las que debia al génio de Colon y al arrojo de Hernan Cortés y de Pizarro, componian el mas vasto Imperio de que hace mencion la Historia. Así fué, que cuando al terminar el siglo XVIII, era aclamado Rey de España Felipe III, le reconocian por Rey y legítimo Señor, no solo todos los reinos de la Península, sino tambien el Rosellon, Nápoles, Sicilia, Milan, Cerdeña, Paisajes Bajos, Franco-Condado, Baleares, Canarias y Terceras en Europa; muchas plazas españolas ó tributarias en la costa de Africa; Méjico, el Perú, Nueva Granada, Chile y las provincias del Paraguay y de la Plata, en América; y otros grandes reinos ó provincias en Asia y Africa. Con razon podia afirmar el Canónigo Alderete, al dedicarle su libro del origen y principio de la lengua castellana: «Tantos y tan grandes son los Reinos y Señoríos de V. M., que sus límites y términos son los mismos que los de la redondez de la tierra.»

No es nuestro propósito investigar las causas que produjeron la ruina de tanta grandeza: bástanos indicar, con la precisa brevedad, el origen y vicisitudes de las diferen-



cias y guerras que sostuvo con las demás naciones. Pero con todo, séanos permitido dejar aquí sentado, que una de las causas que mas contribuyeron á nuestra decadencia, fué la separacion del Portugal, á quien ni nuestros Monarcas ni sus favoritos supieron dar gobierno acomodado á las circunstancias de aquel país.

En dos distintas ocasiones ha sido posible conservar la integridad de la Monarquía española; evitando la ereccion del Portugal en condado independiente—1130—ó impidiendo su emancipacion en 1640. Y no solo hubiera ganado con ello España, sino tambien las mismas provincias Lusitanas, que si han logrado mantenerse contra aquella, ha sido viviendo bajo la proteccion y dependencia de Inglaterra (1).

Sometido por las armas del Duque de Alba y del Marqués de Santa Cruz en 1580 (2), participó el Portugal de la suerte comun á todos los dominios españoles durante el siglo xvii, y vió pasar sus mas ricas colonias á manos de los holandeses que, despues de haber sacudido el yugo de España, habian llegado á ser la primer potencia marítima de Europa. Estos desastres, y sobre todo la política del Conde Duque de Olivares, que proyectaba establecer la unidad en la Península, asimilando el gobierno de las provincias privilegiadas al de Castilla, produjeron el alzamiento de Portugal, que auxiliado eficazmente por Francia y favoreciéndose de la rebelion de Cataluña, pudo resistir á las armas de España y consiguió hacerla reconocer su independencia en el tratado de 13 de febrero de 1668. Golpe sensible fué este para nuestra nacion, y no muy favorable para el Portugal, de quien puede decirse que realizó en

(1) Goñi: *Tratado de las relaciones internacionales de España*.

(2) Lafuente: *Historia general de España*, tomo XVI.



esta ocasion la fábula del *Caballo y el Ciervo*, pues nunca ha tenido política propia, viviendo siempre sometido al influjo de Inglaterra.

Pero si aislado era impotente para labrar su independencia y prosperidad, en cambio era un peligro inmenso y permanente para España, cuyas puertas abria á la invasion extranjera. Así sucedió durante la guerra de Sucesion, originada por el advenimiento de Felipe V, que Portugal, que en un principio habia reconocido á aquel monarca, se unió despues á la Liga y fué el centro de donde partió la agresion contra España. Terminada aquella guerra con el tratado de 6 de febrero de 1715, se restableció la buena armonía entre ambas cortes, no obstante las diferencias que de vez en cuando surgian con motivo de la colonia del Sacramento, fundada por los portugueses en la ribera septentrional del Rio de la Plata, tomada luego por los españoles y restituida en varias ocasiones hasta el reinado de Carlos III en que definitivamente quedó por nuestra.

En 1750 celebramos con Portugal un tratado general de delimitacion, y durante todo aquel reinado hubo buena amistad entre los gabinetes de Madrid y Lisboa. Pero el advenimiento de Carlos III y su enemiga contra Inglaterra, pusieron al Portugal en la precision de romper sus relaciones con la Gran Bretaña, su patrono, ó de sostener la guerra con el Monarca español. Habiendo preferido lo último, un ejército de España al mando del Marqués de Sarría invadió el territorio portugués y logró grandes ventajas, hasta que, socorrido Portugal con tropas y oficiales ingleses, pudo oponer enérgica resistencia. Concluida la paz en 1763, fué de corta duracion; y rotas segunda vez las hostilidades, continuaron hasta 1777, en cuya época, habiendo muerto el Marqués de Pombal, principal instigador



de la guerra, se celebró el tratado de San Ildefonso, por el cual adquirimos la colonia del Sacramento.

Otra vez volvió España á invadir el territorio portugués durante el reinado de Carlos IV para obligar á su Monarca á apartarse de la alianza de Inglaterra; pero comenzada luego la guerra contra Napoleon, pelearon juntos portugueses y españoles en defensa de su nacionalidad, y esta armonía se consolidó luego por medio de los tratados de 1823, 1829 y 1835, sobre entrega de desertores y malhechores y sobre navegacion fluvial.

A la muerte de Fernando VII ambas naciones se hallaron envueltas en una guerra civil. España que habia favorecido en un principio al pretendiente D. Miguel, intervino luego en favor de Doña María. Por su parte Portugal auxilió á Isabel II contra D. Carlos con una division de 6,000 hombres, como una de las potencias contratantes de la Cuádruple Alianza. Conforme con lo estipulado en aquel tratado, intervino España en 1847 en Portugal para pacificar aquel reino que ardia en discordias civiles. Hoy dia nuestras relaciones con aquella potencia son cordiales, y es bien acogido el pensamiento de la fusion de ambas naciones por medios pacíficos, tales como la union aduanera y la navegacion del Duero y Tajo, los convenios postales y en general todo lo que tienda á facilitar la comunicacion moral y material de ambos pueblos.

Hemos visto que el Portugal, emancipado en 1580 halló eficaz socorro en la Francia; y lo mismo podríamos decir de todas nuestras provincias ó posesiones, principalmente de Cataluña y de los Países Bajos. La rivalidad entre Francia y España databa de muy antiguo. Los Reyes de Aragon habian conquistado en Italia á Nápoles y á Sicilia en competencia con la casa de Anjou que quedó vencida.



Tenia además Aragon enclavadas muchas posesiones en Francia, lo cual habia ya dado motivo á varias guerras entre ambas potencias (1).

La reunion de las coronas de Aragon y Castilla y el vigor que adquirió la Monarquía española bajo el cetro de los Reyes Católicos, la dieron la supremacía sobre Francia. Vencidos los brillantes ejércitos de esta nacion por Gonzalo de Córdoba, ni Carlos VIII ni Luis XII pudieron contraestimar la fortuna de Fernando V. Mas hábil político que aquellos Monarcas, ó menos peligroso, supo sacar partido de todas las alianzas y manejos diplomáticos de aquellos tiempos, cuyo rasgo distintivo no era la buena fé, y á pesar de la *furia francesa* que habia amedrentado á la Italia, no logró Francia asentar su dominio en aquella Península. Fernando el Católico adquiria entre tanto la Navarra española, con la cual cerraba la puerta á la invasion extranjera, y se procuraba paso hasta el cuerpo de la nacion vecina por toda la falda de los Pirineos.

Motivos eran estos mas que suficientes para originar una lucha constante entre ambas naciones; pero todavía sobrevino nueva ocasion de discordia y guerra. Porque habiendo fallecido los Reyes Católicos, y habiendo trascurrido el fugaz reinado de Felipe el *Hermoso*, fué llamado á sucederle en la corona de España su hijo Carlos, primero de este nombre en Castilla, el cual habia heredado de su padre los estados de la casa de Borgoña, que abarcaban toda la parte septentrional y gran parte de la oriental de la Francia. De manera que esta nacion pujante y llena de vida, no podia menos de recelar del poder de la casa de Austria, en cuyos dominios se miraba enclavada.

(1) Genac de Moneaut: *Les Pyrénées*, tomo I.



Y como si esto no fuera suficiente, todavía tuvo que pasar por el bochorno de que fuese preferido para Emperador de Alemania Carlos de Austria á su Rey Francisco I. Sobraron ya entonces las causas de rompimiento entre ambos monarcas; y como alegase cada cual sus derechos al Milanesado, comenzó entre ambas naciones una guerra que duró casi lo que los siglos XVI y XVII y que solo terminó con la paz de Riswick. Ciertó que el poder de Carlos V, dueño de España y de sus posesiones en Italia, Africa y América, como nieto materno de los Reyes Católicos, y de la Flandes, la Borgoña, el Franco-Condado y los Estados hereditarios de la casa de Austria, como nieto paterno de Maximiliano y de María de Borgoña, pretendiendo además el Milanesado como feudo suyo, podia infundir á Francisco I el temor de que realizase la Monarquía universal. Y cierto tambien que no estuvo en mucho que la viese realizada: por lo menos hubo un tiempo en que destrozado en Italia el poder de Francia, humillado el Turco y tranquila todavía la Alemania, nada se oponia en Europa á su voluntad, mientras sus capitanes le conquistaban en las regiones descubiertas por Colón un imperio mas vasto que todas las naciones de Europa, y donde el oro se ofrecia en tal abundancia, que parecia bastante á sostener las mas quiméricas y aventuradas empresas.

Pero del seno mismo de esta prosperidad surgió con la reforma religiosa el elemento que al cabo de siglo y medio de lucha habia de engendrar el equilibrio político en Europa. Carlos I vivió lo bastante para ver como á favor de este nuevo elemento se iban levantando los príncipes á quienes habia humillado y cuyos esfuerzos acabaron por quebrantar su poder.

Tocóle á España desde este momento ser la defensora



del Catolicismo en Europa. Ayudada en esta tarea por los Príncipes de su casa en Alemania, combatió la Reforma desde el Báltico hasta el Estrecho, ora venciendo en el campo á los disidentes, ora apelando á los autos de fé. Sacrificaba en España á infinitos sugetos eminentes, aun de aquellos que habian rodeado al Emperador en sus últimos momentos, castigaba cruelmente en los Países Bajos á los rebeldes, y vencía á la Reforma en todas partes. Pero sus triunfos no bastaban nunca á cortar el mal de raiz, antes se reproducia á cada momento con mas fuerza; y su preponderancia favorecia á las mismas potencias católicas que, como Francia, se servian de ella para combatir el escesivo poder de la Casa de Austria.

Mientras se vió turbada por las mismas disidencias religiosas en que ardia entonces la mayor parte de la Europa, no pudo Francia aventurarse á otra cosa mas que á favorecer secretamente á los rebeldes de los Países Bajos españoles. España en cambio ejercia un influjo directo y grande en los asuntos de Francia, poniéndose á la cabeza del partido católico y dirigiendo todas sus empresas, desde la San Bartelemí hasta el sitio de París. Pero ni la política de Felipe II ni las hazañas de Alejandro Farnesio, fueron bastantes para impedir que, abjurado el protestantismo, se coronára rey de Francia Enrique de Borbon. Con este monarca comenzó Francia á cobrar aliento, y su administracion curó los males de los reinados anteriores. Ya desde entonces se pudo afirmar que Francia, que ganaba en fuerzas lo que España perdía, llegaria á romper la red de dominios españoles que la cercaba, y á abatir de una vez la preponderancia austriaca. Pero estaba reservada esta empresa al reinado de Luis XIII, cuyo ministro Richelieu supo llevar á cabo la obra de organiza-



cion y engrandecimiento comenzada por Enrique IV. Aquel Cardenal, que habia arrancado á la Reforma el último asilo que la quedaba en Francia, no titubeó en prestarla apoyo en Alemania. La guerra de los treinta años brindaba ocasion favorable, pues si bien el Elector Palatino y el Rey de Dinamarca no habian podido resistir á las armas españolas é imperiales, habíanse luego visto estas harto maltratadas por el Rey de Suecia, Gustavo Adolfo, el mas formidable enemigo de la casa de Austria. Pero la muerte de este héroe habia entibiado la guerra, y Fernando II hubiera recuperado la antigua supremacía á no haber acudido en auxilio de los suecos el Cardenal de Richelieu, quien llevó tambien la guerra á Italia, á Cataluña, á Portugal y á todo país donde España dominaba. Todavía á pesar de ser manifiesta la decadencia á que habia venido la Monarquía española, pudieron sus tropas dar la victoria al Imperio en Nordlingen y alcanzar no pocos triunfos en otras partes; pero cada dia iba á menos el poder español, y este abatimiento fué revelado al mundo por la paz de Westfalia.

Terminaron con aquella paz las disidencias religiosas, y quedó establecido el equilibrio de las naciones (1). Portugal y los Países Bajos vieron confirmada su independencia, y todo contribuyó á debilitar el poder de España, la cual recibió el último golpe con la paz de los Pirineos, que además de despojarla de muchos importantes territorios que pasaron á poder de Francia, la obligó á conceder una de sus princesas al jóven monarca francés Luis XIV (2). Vióse este ahora tan poderoso que la Eu-

(1) Koch: *Histoire des traités de Paix*, tom. I.

(2) El tratado de los Pirineos decidió la larga lucha tocante á la supremacía entre Francia y España, y preparó el camino á la Casa de Borbon para el trono de la última. — Wheaton: *Histoire de progres du droit des gens en Europe et en Amérique*.



ropa tuvo que contrarestar su poder como habia combatido el de Felipe II. Todo el largo reinado de aquel Monarca transcurrió en guerras, cuyo objeto principal era estender las fronteras de Francia hasta el Rhin y los Alpes, y por consiguiente siempre á costa de España, cuyas posesiones estaban esparcidas por la frontera francesa. Mas no contento con esto aspiró el Monarca francés á colocar á un príncipe de su casa en alguno de los reinos dependientes de España; y favorecióle de tal modo la fortuna y se dieron tan buena maña sus ministros, que logró alcanzar para su nieto el Duque de Anjou, no la Flandes, el Milanesado ó las dos Sicilias, sino la misma monarquía de España, que le legó al morir su tio Carlos II. Este suceso trastornó completamente la situacion de los estados europeos. Francia, enemiga encarnizada hasta entonces de España, vino á ser su mas íntima aliada y su protectora; Austria, su hermana, su compañera de armas contra la Reforma, se transformaba en su principal enemiga, y Holanda é Inglaterra, que tanto habian combatido contra el Austria, le daban ahora la mano para colocar en el trono de España al Archiduque.

Comenzó pues con el siglo XVIII la llamada guerra de Sucesion, en la que la nacionalidad española corrió el mayor peligro; pero vencidos al fin por los leales castellanos los ejércitos de la Liga, pudo asentarse en el trono de España Felipe V, primer Monarca de la Casa de Borbon.

La paz de Utrecht restableció de nuevo el equilibrio en Europa; y España, que habia gastado su sangre y sus tesoros en mantener sus posesiones y en auxiliar á la Casa de Austria contra sus enemigos, se vió ahora privada de todas aquellas, que pasaron á poder de la misma Austria, y lo que es peor, malograda la unidad en la Península con



la separacion del Portugal, debida al mal gobierno de aquella Casa y á los esfuerzos de la de Borbon que la sucedia, y que habia inaugurado su dominio perdiendo á Gibraltar, causa perpétua de nuestras diferencias con la Gran Bretaña durante el pasado siglo.

Y aun despues de firmados los tratados de Utrecht continuó alterando la paz la rivalidad entre Felipe V y el Archiduque, ya Carlos VI. La ambicion de Isabel Farnesio impidió por mucho tiempo la union sincera entre las dos ramas de la Casa de Borbon; pero habiendo acaecido las guerras de sucesion de la Polonia y del Austria, celebraron ambas potencias los pactos de familia de 1739 y 1743, y unieron sus armas contra el Austria á la cual arrancaron los reinos de Nápoles y Sicilia para el Infante D. Carlos, y los ducados de Parma y Plasencia para D. Felipe (1).

El reinado de Fernando VI transcurrió en una larga paz; y todos los esfuerzos de la Francia para decidir á aquel Monarca contra Inglaterra, no bastaron para apartarle de su sistema de neutralidad. Pero apenas subió al trono Carlos III, cuando se firmó el tercer pacto de familia y se rompió la guerra entre España é Inglaterra, guerra que terminó con el tratado de Versalles, que nos costó la parte que conservábamos de las Floridas. El pacto de familia volvió á estar en vigor por la guerra de la independencia de las colonias americanas, en la cual, segun consejo de hombres doctos y experimentados, nunca debiéramos habernos mezclado nosotros, cuya era la mayor parte del continente americano.

La revolucion francesa que arrojó del trono de aquella

(1) Cantillo: *Tratados, convenios, etc.* entre las potencias extranjeras y la Monarquía española de la Casa de Borbon, pág. 260.



nacion á la Casa de Borbon y que decapitó á Luis XVI, rompió la buena armonía entre Francia y España, y esta última declaró la guerra á la primera; pero al cabo, tras de algunos triunfos, fuimos rechazados del territorio francés como todas las demás naciones beligerantes, y nos vimos precisados á firmar la paz de Basilea, por la cual cedió España á Francia la parte española de la Isla de Santo Domingo. Convirtiósese á poco esta paz en alianza ofensiva y defensiva por el tratado de San Ildefonso, que nos acarreó una nueva guerra con los ingleses y otra con Portugal; y aunque en 1802 hicimos la paz con Inglaterra, Napoleon ya Emperador nos obligó á romperla y á sacrificar en Finisterre y Trafalgar nuestro poder marítimo en su obsequio.

España fué recompensada de su celo y sacrificios con la pérfida invasion de su territorio; pero el 2 de Mayo fué la señal del alzamiento, y comenzada la guerra de la Independencia, dimos á la Europa el ejemplo de la emancipacion.

Mal remunerados vió sus sacrificios en los congresos de París y Viena, donde no logró las ventajas á que era acreedora; y como con la Restauracion hubiese prevalecido una política reaccionaria, intervino la Santa Alianza y un ejército de 100,000 franceses invadió segunda vez el territorio español. La revolucion de julio de 1830 hizo variar de aspecto las cosas, y el gobierno de Luis Felipe tomó parte en la Cuádruple Alianza en favor de Doña Isabel II.

Nuestras relaciones con Inglaterra fueron por mucho tiempo de la misma clase que las que sostuvimos con Francia. Mientras la Casa de Austria dominó en Europa, la Gran Bretaña ya oculta, ya directamente, no cesó de com-



batir su prepotencia. Antes de que la Reforma se apoderase de aquellas islas, pudimos contar con su auxilio algunas veces, y sus armas contribuyeron no poco á darnos la victoria en Gravelinas. Casado Felipe II con María Estuard, é imperante en la Gran Bretaña el Catolicismo, la Casa de Austria tenia un centro mas desde donde resistir á las empresas de sus enemigos. Pero muerta María y habiéndola sucedido Isabel, cambió todo de aspecto. Aquella reina que se decia amiga de España, prestaba á cada momento eficaz auxilio ya al Prior de Crato, ya á los Países Bajos; y al mismo tiempo saqueaban sus corsarios nuestras colonias, y hacian buena presa del pabellon español donde quiera que le hallasen. Para castigar la perfidia de Isabel y las piraterías del Drake, armó Felipe II las mas poderosas escuadras que habian surcado la mar; pero este elemento se le mostró siempre enemigo, y contribuyó aun mas que la habilidad de los marinos ingleses, á malograr los inmensos esfuerzos del Monarca español.

Los ingleses saquearon nuestros puertos en Europa é inundaron con sus corsarios las Antillas. Daban á estos piratas atrevidos y despiadados el nombre de *filibusteros* y *bucaneros*, y aun cuando hubiese paz entre España é Inglaterra, no cesaban en sus depredaciones.

Una vez afirmado su poder marítimo sobre la España, la Inglaterra se aisló un tanto del continente que ventilaba entonces sus disidencias religiosas; y contribuyó aun mas á este aislamiento la guerra civil que estalló entre Carlos I y su pueblo. Pero el protectorado de Cromwell fué un período desdichado para España, porque en él sentaron los ingleses el pié en América, apoderándose de la Jamaica y de otras islas, y fundando establecimientos que les permitiesen asociar al empleo de filibustero el menos



peligroso de comerciante. España cometió la imprudencia de sancionar todas las adquisiciones de la Gran Bretaña en América, aprobando sin advertirlo un artículo en el que se declaraba que el rey británico gozaria con pleno derecho todas las tierras y dominios que al presente (1670) poseyese en la India occidental ó en cualquiera parte de América (1). De aquí data el origen de las guerras que sostuvimos con aquella potencia durante el siglo XVIII; porque una vez sentado el pié en aquellas regiones, fué estendiéndose por ellas hasta causar justos recelos á la corte de Madrid, de cuyo harto asombradiza cuando se trataba de sus posesiones de Ultramar.

El advenimiento de Guillermo III al trono de Inglaterra terminó las discordias civiles que habian turbado aquel reino é inauguró la liga de las principales potencias de Europa contra Luis XIV. España tomó parte en ella con tan poca fortuna como solia; y cuando despues de haberse visto despojada de gran parte de sus posesiones por el Monarca francés, vino á admitir á su nieto por Rey de España, tuvo contra sí á la Inglaterra, cuyo Monarca burlado en su idea de llevar á cabo el repartimiento de la Monarquía española, que hubiera facilitado á la Gran Bretaña el comercio de América, formó ahora otra nueva liga contra Luis XIV y su nieto, y fué la causa de aquella guerra que sostuvo su sucesora Ana á costa de inmensos sacrificios. Pero vencido el Archiduque que sin dificultad habia accedido á conceder el comercio de América á la Inglaterra en caso de salir victorioso, vió aquella potencia que Francia se apoderaba de él. Al fin en 1715 tras de prolijas negociaciones, logró que la fuese adjudicado el *asiento de ne-*

(1) Cantillo, pág. 455.



*gros* (1) con cuyo pretesto pudo practicar un estenso contrabando en todo el continente americano. Las continuas y amargas quejas que esto originaba entre ambos gabinetes, el haberse apoderado Inglaterra durante la última guerra de Gibraltar y Menorca, á cuyas plazas llamaba Felipe V *espinas en los piés*, y la arrogancia y desprecio con que en el Parlamento inglés se hablaba siempre de España, no tan negligente como Inglaterra quisiera en reprimir el contrabando, originaron una guerra entre ambas naciones que comenzada en 1739 se confundió luego con la guerra general de la sucesion austriaca, y que solo terminó con la paz de Aquisgran (2). El reinado de Fernando VI fué una tregua entre ambas naciones, pues aquel Monarca logró guardar una estricta neutralidad entre Francia é Inglaterra. Esta última no perdonó medio para traerle á su alianza, puesto en la crítica situacion en que se hallaba, el apoyo de España era lo mejor que pudiera esperar. Para merecerle ofreció repetidas veces restituir á Gibraltar, promesa que podemos afirmar hizo siempre de mala fé, porque bien sabia el gabinete de Lóndres que el Parlamento no lo habia de consentir.

Así fué que al advenimiento de Carlos III, subsistiendo las mismas causas de enemiga entre ambas naciones, á saber: la intrusion cada vez mas atrevida de la Gran Bretaña en nuestros dominios de América, el seguir posesionada

(1) *Los asientos ó contratas* del gobierno español (dice Cantillo) con particulares ó compañías extranjeras para surtir de esclavos negros las posesiones de Ultramar, fueron muy frecuentes desde principios del siglo XVI. Como en este tráfico se hacian crecidas ganancias y al monopolio de la venta de negros se añadia el fraude de introducir otros efectos de comercio en los buques de los asentistas, los gobiernos de Europa procuraban por todos los medios imaginables facilitar el privilegio para sus súbditos. Cantillo, pág. 32.

(2) España intentó durante el siglo XVIII varias expediciones á Irlanda ó á Escocia en favor de la casa de Estuardo; pero todas se malograron, ni mas ni menos que las de Felipe II.



de Gibraltar, la animosidad del pueblo inglés, escitado por sus representantes contra España; y agregándose á esto la injuria recibida en 1743 por Cárlos, entonces Rey de Nápoles, á quien el Almirante Matheus amenazó con bombardear su capital, y la íntima union que reinaba entre ambas ramas de la Casa de Borbon, establecida por los pactos de 1739 y 1743, produjo uno nuevo en 1761 y dos guerras con la Gran Bretaña, terminada la una con la paz de Versalles de 1772 y la otra con la del mismo título en 1783. España contribuyó á la emancipacion de las colonias americanas; pero sobre no ser esto demasiado político no logró mas ventajas sino recobrar por el segundo tratado lo que habia perdido por el primero y malograr el sitio de Gibraltar. Pero aun mas costosa fué para España la alianza francesa á principios de este siglo, porque causó la total destruccion de nuestra armada y agotó las fuerzas que tanto necesitó luego para combatir al mismo Napoleon. Ayudóla eficazmente la Gran Bretaña para recobrar su independendencia; y desde entonces no ha vuelto á alterarse la buena armonía entre ambas naciones; antes la primera formó en 1834 parte de la Cuádruple Alianza y auxilió á la segunda con un cuerpo de tropas, que no dejaron de prestar buenos servicios. Hoy, que ni tenemos en América dominios que Inglaterra nos dispute, ni reina todavía la casa de Austria, ni somos satélites de la francesa de Borbon, nos es fácil conservar buenas relaciones con la Inglaterra, protectora en Europa del régimen liberal, arraigado en nuestro suelo.

Nuestras relaciones con las potencias del Norte datan del siglo XVIII. En rigor, mientras la Casa de Austria reinó en España intervinimos en mas de una ocasion en los asuntos del Norte, pero casi siempre como aliados del Austria.



Holanda tomó una parte muy principal en los tratados de Westfalia y de Utrecht: en el primero fué reconocida su independencia al cabo de una guerra en extremo ruinosa para España, y con el segundo comienza su decadencia.

Nuestras relaciones con el Austria comprenden tres distintos períodos. En el primero las relaciones entre ambos Estados fueron de familia: España contribuyó siempre con tropas y caudales á combatir á los protestantes ó á rechazar al turco; y en cambio Austria la auxilió en la guerra de los Países Bajos. En el segundo período trocóse la amistad que hasta entonces reinaba entre ambas naciones en odio irreconciliable; y tal, que durante el primer tercio del pasado siglo tuvo en continua alarma á la Europa. Terminadas luego aquellas desavenencias por la paz de Aquisgran, mantuvo España buenas relaciones con el Austria, hasta que habiéndose esta afiliado en la Santa Alianza y predominando en aquella el régimen liberal, las potencias del Norte, de acuerdo con la Francia, convinieron en la invasion francesa de 1823. Francia mudó luego de sistema; mas no así las potencias del Norte, Austria, Prusia y Rusia, las cuales retiraron de Madrid sus embajadores á la muerte de Fernando VII y trascurrió mucho tiempo antes que se allanasen á reconocer á Isabel II, no habiéndola aun reconocido la Rusia, aunque quizás no esté lejos el dia en que determine hacerlo.

Puede decirse que la Prusia no comenzó á figurar en Europa hasta el reinado de Federico II, así como la Rusia fué casi desconocida hasta el de Pedro I, y no se la dió gran importancia hasta el de Catalina II. Con motivo de la guerra de los siete años, se halló España relacionada aunque indirectamente con la primera; y la neutralidad armada la proporcionó ocasion de tratar con la segunda. La



guerra de la Independencia la relacionó íntimamente con ambas, y entonces celebramos con la corte de Berlin el único tratado que existe entre las dos naciones. Separadas luego por la diferencia de sistema político, vino al fin la Prusia á reconocer á nuestra Reina, con lo cual se restableció la buena armonía entre ambas cortes.

Poco podemos decir de nuestras relaciones con los Estados de Italia. Durante los siglos xvi y xvii poseimos la mayor parte de aquellos países, los cuales vivian sometidos á la corte de España. El Papa, Venecia, Saboya y otros pequeños Estados, monárquicos ó republicanos que no obedecian directamente á España, no podian ni aun con el auxilio de la Francia contrarestar su poder. Verdad es que la vecindad del Austria nos ayudaba grandemente; pero esto mismo hizo imposible para España la conservacion de aquellos Estados cuando ocupó su trono Felipe V. Perdidos por la paz de Utrecht todos ellos y adjudicados al Emperador ó al Rey de Cerdeña, todavia pudo España recobrar antes que transcurriese la primera mitad de aquel siglo, los reinos de Nápoles y Sicilia y los Ducados de Parma y Plasencia para dos Príncipes españoles. Erigidos en Estados independientes, mantuvieron siempre buenas relaciones con España hasta estos últimos tiempos, en que habiendo alegado el Rey de Nápoles sus derechos á la corona de España, se negó á reconocer á Isabel II, aunque despues lo verificó en 1843.

Nuestras relaciones con los Estados de América son de muy reciente fecha. Emancipadas nuestras colonias, fué preciso reconocer su independencia y reanudar unas relaciones que por nuestro interés han de ser cada dia mas íntimas. España cooperó eficazmente á la independencia de los Estados-Unidos, los cuales pasado algun tiempo re-



compensaron nuestro celo usurpándonos algunos territorios y reclamando una indemnización por los daños y perjuicios que les habían ocasionado los corsarios franceses en la última guerra. El tratado de 1819 terminó estas diferencias; y habiendo perdido luego nuestras posesiones del Continente Americano, parece que no había ya motivo de discordia entre ambas naciones; mas por desgracia todavía hay quien pretende despojarnos de los restos preciosos de nuestros antiguos dominios. Las empresas de los filibusteros no solo han tenido hasta ahora el éxito que era de desear, sino que no han originado ninguna complicación internacional.

Resumiendo: España, Excmo. Sr., fué durante los primeros Reyes de la Casa de Austria el árbitro de la Europa y el propugnáculo de la Fé Católica. Combatida luego por la Francia, Inglaterra y los Estados protestantes, debilitada en lo interior por la falta de don de gobierno, que Osorio y Redin daba por origen de nuestros males, comenzó el período de su decadencia, manifestada á la Europa por los tratados de Westfalia y de los Pirineos. Todavía tuvo que sostener contra la Francia prolijas guerras durante el resto del siglo xvii, perdiendo todo lo que aquella potenciagana. Y cuando al comenzar el siglo xviii sucedió á la dinastía Austriaca la Casa de Borbon, la amistad de Francia nos fué tan perjudicial como nos había sido su enemiga; pues á ella debimos el perder nuestras posesiones en Europa y el hallarnos envueltos en las tres guerras dinásticas de la primera mitad de aquel siglo, en las que ganamos algo, y en las guerras políticas de fines del mismo y principios del actual, en las que vimos consumada nuestra ruina.

Hoy, que libre ya de los lazos de familia que nos unieran con aquella potencia, y ajenos á las cuestiones inter-



nacionales que pudieran volver á agitar la Europa, nos hallamos en estado de dedicar toda la actividad y poder que desplegamos en los siglos pasados en provecho de estraños, á mejorar nuestra situacion material é intelectual, debemos tener siempre presente el ejemplo de nuestros pasados errores y aprovecharnos de una esperiencia adquirida á tanta costa.—HE DICHO.

*Madrid 18 de Mayo de 1856.*







*UVA. BHSC. LEG 19 n°1521*



*UVA. BHSC. LEG 19 n°1521*



*UVA. BHSC. LEG 19 n°1521*